

## CANCION.

Al estilo magnífico de don Nicolás Fernández de Moratín en sus composiciones heroicas.

El semidios que alzándose á la cumbre  
Del alto Olimpo, prueba la ambrosía  
Entre la muchedumbre  
De dioses en la mesa del Tonante,  
Y en copa de diamante  
Purpúreo néctar bebe  
Al són de la armonía  
De los astros, que en torno el cielo mueve;  
Si descende algun día  
Al mundo, le fastidian los manjares  
Del huerto, viña, campo, monte y mares.  
Desde que el Campo Eliseo al tierno Orfeo  
Oyó cantar su amor en tono blando,  
Y el ardiente deseo  
De volver á lograr su dulce esposa  
(Cuya lira amorosa,  
Mientras duró sonando,  
De Sísifo y de Tántalo un momento  
Paró todo el tormento),  
Ya no se admirará cuando  
Algun mortal, al verse en tal delicia,  
Las gracias canta á su deidad propicia.  
Quien vió surcado el mar, minas, gigantes,  
Sangrientas amazonas, gente extraña,  
Y límites distantes  
(De humana audacia no, mas sí del mundo),  
Y el piélago profundo  
Hiende con ancha nave,  
Volviendo rico á España,  
En el tranquilo hogar vivir no sabe,  
Desprecia la cabaña,  
La barca y red que le ocupó primero,  
Antes que fuese osado marinero.  
El jóven que una vez del tracio Marte,  
De pálidos cadáveres cercado,  
Tremoló el estandarte,  
Y en el carro triunfal fué conducido,  
En su patria aplaudido con bélico trofeo  
Y júbilo aclamado,  
Por volver á la lid arde en deseo;  
Ya desdeña el arado,  
Hijos, esposa, padre, mesa y lecho,  
Sólo el guerrero honor le llena el pecho.  
Y el que al divino Moratín oyere  
Los metros que el timbreo dios le inspira,  
Y el brío con que hiere  
La cítara de Pindaro sagrada,  
Ya nunca más le agrada  
La humana voz ni sonos  
De otra cualquiera lira,  
Por más que suenen ínclitas canciones,  
Que necio el vulgo admira.  
Canta, pues, entre todos el primero,  
Y calle Ereilla, Herrera, Horacio, Homero.  
Cancion, dile á mi amigo  
Que me falta el aliento,  
Y que cuando cantar su gloria intento,  
Callo mil veces más de lo que digo.

## ODA PINDÁRICA,

AL MISMO.

¡Ay, si cantar pudiera  
Los hijos de los dioses lira de hombre,  
Y cual trompa guerrera,  
De altisona armonía,  
Que ambos polos atónitos asombre,  
Resonase la mía,  
Hijo de Febo, jóven prodigioso,  
Cuál se alzára mi númen orgulloso!  
Se alzára por regiones,  
Astros, esferas, mundos, y á su acento  
Las célicas mansiones  
Eco sacro darian,  
Y los dioses del alto firmamento  
A escucharme vendrían;

Anfion y Orfeo no triunfaron tanto  
Del mar y hórrido reino del espanto.  
Creyéndome inspirado  
Para cantar tus loores dignamente,  
Mandándomelo el hado,  
Las musas castellanas  
Con lauro coronándome la frente,  
Vendrían más ufanas  
Que las de Tébas, cuando el dios del día  
A Pindaro portentos influía.

La cítara lesbiana,  
Que con marfil y pulso á trinar hecho,  
Tañe tu diestra ufana,  
En vano, dulce amigo,  
Para cantarte aplico al blando pecho;  
No resuena conmigo,  
Como en tu mano armónica resuena,  
De pompa, majestad y gloria llena.  
Resuena cual solía  
La de Salicio y Titiro, en lo blando,  
La dulce lira mía;  
Parezco, al imitarte,  
Pastor que con su avena va imitando  
La trompa atroz de Marte;  
Que el céfiro se ríe y se recrea  
Y la purpúrea rosa se menea.

Con lascivos arrullos  
Ya los pájaros juntan su armonía,  
Y el río sus mormillos,  
Siempre manso y tranquilo,  
Cuando el mundo de horrores temblaría  
Del Orinoco al Nilo  
Si las ruedas del carro resonáran  
Y de Marte la trompa acompañáran.  
Fatíganme en lo interno  
Furias, trasgos y manes que aparecen  
Del horriso inferno  
Y bátrato profundo,  
Y sol y luna y astros se oscurecen,  
Y se anonada el mundo,  
Rompiéndose ambos polos con estruendo,  
Y el caos primero, tímido, estoy viendo.

Euménides atroces  
Su fuego en torno esparcen con silbido  
Y horrendísimas voces,  
Con víboras, serpientes  
Y culebras el pelo entretrejo,  
Los brazos relucientes  
Con lóbrega vislumbre tan siniestra,  
Que sólo espectros y fantasmas muestra.  
La envidia las conmueve,  
Sacándolas del centro del abismo,  
Y con ardíd aleve

En mi pecho las hunde  
Con fiero ardor contra mi amigo mismo,  
Porque mil celos funde,  
Cuando la fama te aclamó poeta  
Con el són inmortal de su trompeta.  
«¡Con que, permite el hado  
(Me dice en ronco són la horrible dea)  
Que perezca olvidado  
Tu nombre con tu verso,  
Y que de Moratín la musa sea  
La que del universo  
Haga sonar el uno y otro polo  
Con cítara que envidie el mismo Apolo!»  
Dijo; y su pecho, lleno  
De aspides ponzoñosos y rencores,  
Me arrojó su veneno.

Ardióse el pecho mio,  
Cual seca miés, del rayo en los ardores  
Vibrado en el estío;  
Tu nombre aborrecí con triste ceño,  
Cual esclavo la mano de su dueño.  
Mas la amistad sagrada  
Con su cándida túnica descende  
De la empírea morada;  
De virtudes un coro  
La cerca y con su manto la defiende;  
Su carro insigne de oro  
Deslumbra y ciega al monstruo que me irrita,  
Y al centro del horror le precipita,

Mirándome la diosa  
Con faz serena y lácida hermosura,  
Dejó mi alma gozosa,  
Cual esparce alegría  
Rosada aurora tras la noche oscura,  
Dando consuelo el día,  
Desde el lejano lúcido horizonte,  
Al hombre, al bruto, al ave, al campo, al monte,  
Mi frente, que arrugada,  
De mi alma mostró el cruel tormento,  
Con mano regalada  
Alzó, diciendo: «Vive  
Con amigo tan ínclito contento.  
Como tuyo recibe  
El justo aplauso y lírica corona  
Que le da Olimpo, Iberia y Helicón,  
Aquellos que yo he unido  
Con mis vínculos gratos y celestes,  
Después que hayan cumplido  
Los días de sus hados,  
Cástor y Pólux, Pilades y Oréstes,  
A Olimpo son llevados,  
Y Júpiter, llenando mi deseo,  
Eternos viven Piroto y Tesco.  
»Deja á las corvas almas  
La sátira y rencor, y tus laureles  
Junta á las sacras palmas  
De Moratín divino.  
No temen los amigos, si son fieles,  
Las iras del destino,  
Y al lado de sus veyos asombrosos,  
Se admirarán los tuyos amorosos.  
»A él le ha dado Apolo  
La cítara de Pindaro sonante  
Para que cante él solo  
De Carlos las hazañas  
(Oyendo desde el punto más distante  
Américas y Españas  
Coronado en cada una de las zonas),  
Y sus virtudes más que sus coronas,  
Y el hijo suyo digno  
(Prole que á España dió próspero el ciclo),  
Y aquel rostro benigno  
De Luisa parmesana,  
De quien Castilla guarda su consuelo,  
Belleza más que humana,  
Y de Gabriel y Luis las prendas tales,  
Que serán con sus versos inmortales.  
»Y por probarse, á veces  
Cantará de la patria y sus varones  
Heroicas altiveces;  
Escúchale entonando  
Sagrados himnos, líricas canciones,  
Y estándole escuchando  
Suspense el cielo, quedán sin empleo  
Espada, rayo, lira y caduceo.  
»Para él es digno asunto  
Lo de Méjico, Cuzco y de Pavía,  
Y Numancia y Sagunto,  
San Quintín y Lepanto,  
Y de Almansa y Brihuega el claro día  
(¡Feliz á España tanto!);  
Pero tú... canta céfiros y flores,  
Arroyos, campos, ecos y pastores.»  
Dijo; y fuése volando,  
Dejando mi alma llena de consuelo,  
Y un rastro fué dejando  
De clara luz sagrada  
Desde la humilde tierra al alto cielo,  
Su corona estrellada  
En torno por el aire difundía  
Etéreo olor de líquida ambrosía.

## Á MELENDEZ VALDÉS,

SOBRE LA DULZURA DE SUS POESÍAS.

CANCION.

Signe con dulce lira  
El metro blando y amoroso acento  
Que el gran Febo te inspira,

Pues Vénus te da aliento,  
Y el coro de las Musas te oye atento.  
Sigue, jóven gracioso,  
De mirto, grato á Vénus, coronado,  
Y quedará envidioso  
Aquel siglo dorado  
Por Lasos y Villegas afamado.  
Dichosa la zagala  
Á quien le sea dado el escucharte,  
Pues tu musa la iguala  
Con la diosa de Marte:  
Tal es la fuerza de tu ingenio y arte.  
Aunque más dura sea  
Que mármoles ó jaspes de Granada,  
Cual otra Galatea,  
O sea más helada  
Que fuente por los hielos estancada,  
Al punto que te oyere,  
Te admitirá en su cándido regazo;  
Si tu voz prosiguiere,  
Te estrechará su brazo,  
Y amor aplaudirá tan dulce lazo;  
Y las otras pastoras,  
De envidia, correrán por selva y prado,  
Y verá la que adoras  
El triunfo que ha ganado  
Por haber tus ternezas escuchado.  
Mas ¡ay de aquellos necios  
Que intenten competir con tu blandura!  
Sólo verán desprecios  
De aquella hermosura  
Que una vez escucháre tu dulzura.  
Dirán su rabia y celos,  
En el bosque más lóbrego metidos,  
Injuriando á los ciclos,  
Y oyendo sus gemidos,  
Responderán las fieras con bramidos,  
Entrada del averno  
Parecerá aquel bosque desdichado,  
Y do tu metro tierno  
Hubiere resonado,  
El campo que á los buenos dará el hado,  
Pasó mi primavera  
(Los años gratos al amor y Febo  
(Quién revocar pudiera!),  
Y á juntar no me atrevo  
Mi voz cansada con tu aliento nuevo;  
Si no, yo cantaría  
Al tono de tu lira mis amores,  
Y al tono de la mía  
Cantáras entre flores,  
Como suelen acordes ruiseñores.  
Sigue, sigue cantando;  
No pierdas tiempo de tu edad florida;  
Que yo voy acabando  
Mi fastidiosa vida,  
En milicia y en córtés mal perdida,  
En alas de la fama  
Tus versos llegarán á mis oídos;  
Si la trompa me llama  
A los mares vencidos  
Y á los indios de Apache embravecidos,  
O al Antártico polo  
Elevando las banderas del gran Carlos,  
Diráme siempre Apolo  
Tus versos, y á escucharlos  
Acudirán los pueblos, y á alabarlos.  
Ni el estrépito horrendo  
De Neptuno, que ofrece muerte implía,  
Ni de Marte el estruendo  
Turbará el alma mía  
Si suena en mis oídos tu armonía.  
Aun cuando dura parca  
Mayores plazos á mi vida niegue,  
Y en la fúnebre barca  
Por la Estigia navegue,  
Y á las delicias del Eliseo llegue,  
Oíré cuando Catulo,  
Á la sombra de un mirto recostado,  
Con Propercio y Tibulo  
Lea, maravillado,  
Los versos que la musa te ha dictado,



Quando acudan ansiosos  
Laso y Villegas al sonoro acento,  
Repitiendo, envidiosos:  
«¿Qué celestial portentol  
¡A quién ha dado Apolo tanto aliento?»  
Y yo, siendo testigo  
De tu fortuna, que tendré por mía,  
Diré: «Yo fui su amigo,  
Y por tal me quería,  
Y en dulcísimos versos lo decía» (1),  
Haránme mil preguntas,  
Puesto en medio de todos: «¿De quién eres,  
Y cuántas gracias juntas,  
Y á qué zagala quieres,  
Y cómo baila cuando el plectro hieres?»  
Y con igual ternura  
Que el padre cuenta de su hijo amado  
Las gracias y hermosura,  
Y se siente elevado  
Cuando le escuchan todos con agrado,  
Responderé cantando  
Tu nombre, patria, genio y poesía,  
Y asombraránse cuando  
Les diga tu elegía  
A la memoria de la *Filís mia* (2).

## SOBRE LOS PELIGROS DE UNA NUEVA PASION.

SÁFICOS-ADÓNICOS Á CUPIDO.  
Niño temido por los dioses y hombres,  
Hijo de Vénus, ciego amor tirano,  
Con débil mano vencedor del mundo,  
Dulce Cupido,  
Quita del arco la fatal saeta,  
Deja mi pecho, que con fuerza heriste  
Cuando la triste, la divina Filis  
Me dominaba.  
Desde que el hilo de su dulce vida  
Por dura parca feneció cortado,  
Desde que el hado la llevó á la sacra  
Cumbre de Olimpo;  
Cuando constante con promesa justa  
De que ella sola me sería cara  
Aunque pasará las estigias olas  
Con Aqueronte;  
De negros lutos me vestí llorando,  
Y de cipreses coroné mi frente;  
Eco doliente me llevó con quejas  
Hasta su tumba.  
Sobre la losa, que regué con sangre  
De una paloma negra y escogida,  
Fué repetida por mi voz la sacra  
Justa promesa.  
«Sacra ceniza, repetí mil veces;  
Sombra de Filis, si mi pecho adora  
A otra pastora desde la tremenda  
Lóbrega noche,  
Haz que á mi falso corazón asombre  
Cuanto las cuevas del averno ofrecen,  
Cuanto padecen los malvados, cuanto  
Sisifo sufre.  
Júrolo, Filis, por tu amor y el mio,  
Por Vénus misma, por el sol y luna,  
Por la laguna que venera el Padre  
Omnipotente.»  
Las losas duras, á mi acento triste,  
Mil veces dieron ecos horriblosos,

(1) Hace referencia esta estrofa á la cancion de Melendez, dirigida á Cadalso bajo el poético nombre de Dalmiro, que empieza así:

Caro Dalmiro, cuando á Filis suena  
Tu deliciosa lira,  
El rio, por oírte, el curso enfrena,  
Y el mar templa su ira, etc.

(2) Esta elegía principia así:

¡Oh, rompa ya el silencio el dolor mio!

y es imitación de la de Moratin á la muerte de la Reina Madre.

Y de dudosos aires resonaron  
Tímulo y ara.  
Dentro del mármol una voz confusa  
Dijo: *Dalmiro, cumple lo jurado;*  
Quedé asombrado, sin mover los ojos,  
Palido, yerto.  
Temo, si rompo tan solemnes votos,  
Que Jove apure su rigor conmigo,  
Y otro castigo que el de ser llamado  
Pérfido, aleve.  
Entre los brazos de mi nueva amante  
Temo la imagen de mi antiguo dueño;  
Ni alegre sueño, ni tranquilo día  
Ha de dejarme.  
En vano Clóris (cuyo amor me ofreces),  
Y á cuyo pecho mi pasión inclinas,  
Pone divinas perfecciones juntas  
Ante mis ojos.  
Ante mi vista se aparece Filis,  
En mis oídos su lamento suena;  
Todo me llena de terror y espanto;  
Tímido caigo.  
Lástima causen á tu pecho ¡oh niño!  
Las voces mías, mis dolientes voces,  
Y si conoces el dolor que causas,  
Lástima tenme.  
La nueva antorcha que encendiste apaga,  
Y mi constante corazón respire;  
Haz que no tire tu invencible mano  
Otra saeta.  
¡Ay, que te alejas y me siento herido!  
Ardo de amores, y con presto vuelo  
Llegas al cielo y á tu madre cuentas  
Tu tiranía.

## OTROS Á VÉNUS.

Madre divina del alado niño,  
Oye mis ruegos; que jamás oiste  
Otra tan triste lastimosa pena  
Como la mía.  
Baje tu carro desde el alto Olimpo  
Entre las nubes del sereno cielo,  
Rápido vuelo traiga tu querida  
Blanca paloma.  
No te detenga con amantes brazos  
Marte, que deja su rigor al verte,  
Ni el que por muerte se llamó tu esposo  
Sin merecerlo.  
Ni las delicias de las sacras mesas,  
Cuando á los dioses, lleno de ambrosía,  
Alegre brinda Jove con la copa  
De Ganimédes.  
Ya el eco suena por los altos techos  
Del noble alcázar, cuyo piso huellas,  
Lleno de estrellas, de luceros lleno  
Y tachonado.  
Cerca del ara de tu templo, en Páfos,  
Entre los himnos que tu pueblo dice,  
Este infelice tu venida aguarda;  
Baja volando.  
Sobre tus aras mis ofrendas pongo,  
Testigo el pueblo, por mi voz llamado,  
Y concertado con mi tono el suyo,  
Te llaman madre.  
Alzo los ojos al verter el vaso  
De leche blanca y el de miel sabrosa;  
Cifio con rosa, mirtos y jazmines  
Esta mi frente.  
Mi palomita con la blanca pluma,  
Aun no tocada por pichon amante,  
Pongo delante de tu simulacro;  
No la deseches.  
Ya, Vénus, miro resplandor celeste  
Bajar al templo; tu belleza veo;  
Ya mi deseo coronaste, ¡oh madre,  
Madre de amores!  
Virgenes tiernas, niños y matronas,  
Ya Vénus llega, vuestra diosa viene;  
El aire suene con alegres himnos,  
Júbilo santo.

Humo sabeo salga de las urnas,  
Dulces aromas, que agradarla suelen,  
Ambares vuelen tantos, que á la excelsa  
Bóveda toquen.  
Pueblo de amantes, que á mi voz acudes,  
A Vénus pide que á mi ruego atienda  
Y que á mi prenda la pasión inspire  
Cual yo la tengo.

## CORO DE NIÑAS.

Reina de Chipre, diosa de Citéres,  
Tú, que á los dioses y á los hombres mandas,  
¡Por qué no ablandas á la dura Clóris?  
Mándalo, Vénus.

## CORO DE NIÑOS.

Reina de Páfos y de amores diosa,  
Tú, que á los pechos llenas de placeres,  
¡Por qué no quieres que Dalmiro triunfe?  
Mándalo, Vénus.

## PRIMERA NIÑA.

Como la rosa  
Agradecida  
Da mil aromas  
De sus olores  
Al amoroso  
Céfiro blando,  
Cuando la halaga  
Y la rodea;

## PRIMER NIÑO.

Haz que reciba  
En su regazo  
Clóris afable  
Al que la adora.  
*Coro de niños, etc.*

## SEGUNDA NIÑA.

Como la hiedra  
Halla en el olmo  
Vínculo firme  
Cuando le abraza;

## SEGUNDO NIÑO.

Haz que á su amante  
Plácido rostro  
Ponga la ninfa  
Cuando le vea.  
Pábulo nuevo  
Halle su llama  
En su querida  
Dulce zagala.  
*Coro de niñas, etc.*

Á LA NAVE EN QUE SE EMBARCÓ  
ORTELIO EN BILBAO PARA INGLATERRA.

## ODA.

## SÁFICOS-ADÓNICOS.

Ya deja Ortelio la paterna casa,  
Ya le recibes, navecilla humilde,  
Ya queda lejos la jamás domada  
Cántabra gente.  
Nave que llevas tan amable vida,  
Céfiro grato llévete sereno  
Hasta que pongas á la amiga costa  
Ancora firme.  
Alee Neptuno el húmido tridente,  
Abra las ondas para darte paso,  
Salgan en coro ninfas y tritones  
Para guiarte.  
Ni toques costa ni movible arena,  
Ni sople hinchado contra tu velamen,  
Gúmena y jarcia, desde el alto polo,  
Hórrido norte.  
Las naves altas de cañon tremendo,  
Con la bandera del amado Carlos,  
No te abandonen al atroz pirata  
Que Africa cria.

Ni temas golpes de la suerte aleve;  
Yo pido al cielo para ti bonanza,  
Y al que le ruega por su dulce amigo,  
Júpiter oye.

## UN CURRUTACO EN 1770.

## OCTAVAS.

En azul zapatillo su pié embebe,  
De nevado liston ribeteado;  
Media calada y de color de nieve  
Cubre su pierna, á quien bordó el cuadrado  
Torcida hebilla, si brillante y breve,  
Su pié le ajusta con sutil agrado;  
De oprimido el zapato se le queja,  
Por eso le trae preso de la oreja.  
Negro calzon de rico terciopelo,  
Ancho de hechura, su garbillo afina,  
Y según de la moda el fiel modelo,  
El boton del pernil á la pretina;  
Esto con especial fino desvelo  
Es de plata, de hechura la más fina;  
La charretela igual, y me desvela,  
Si aquésta es moda, verla en charretela.  
Con más dijes que un niño, y campanillas,  
Cuelga el reloj del traje primoroso;  
Primores todos son, que á maravillas  
Las ha elevado artífice ingenioso;  
Divisas de su hechura son sencillas  
Cuántas cuelgan de enlace artificioso;  
Pero tal vez reloj con dijes hartos,  
Horas suele tener, pero no cuartos.  
Chupilla corta, azul y plateada  
Abrocha de su talle el aire ufano,  
Sobre quien, de los tiros de la espada  
El ceñidor ajusta su fiel mano;  
Verde cutó con vaina bien zarpada  
Pende del tiro, en su tamaño enano,  
Cuya hoja (si á mi no se despinta)  
Virgen la pienso, aunque la traiga en cinta.  
Corbatín ajustado el cuello oprime,  
Ó corbata de Holan, cuya lazada,  
Si ya no es que á la nuez ella lastime,  
La sangre tira al rostro, arrebatada;  
El areaduz vital opreso gime,  
De mirar su canal tan sofocada;  
Las venas saltan; moda no es muy buena,  
De tal locura demostrar la vena.  
De empolvadas sortijas erizada,  
Adorna aqueste Adónis su cabeza;  
Pelo propio es en fin, y acrisolada  
Moda especial de la mejor majeza;  
Mas siendo en lo exterior toda nevada,  
Y en lo interior un fuego en la fineza,  
Déjame que la llame Mongivelo,  
Porque aquesta expresion la viene á pelo.

## SONETOS.

## I.

## Sobre el poder del tiempo.

Todo lo muda el tiempo, Filis mia;  
Todo cede al rigor de sus guadañas;  
Ya transforma los valles en montañas,  
Ya pone campo donde mar habia.  
El muda en noche opaca el claro día,  
En fábulas pueriles las hazañas,  
Alcazares soberbios en cabañas,  
Y el juvenil ardor en vejez fria.  
Doma el tiempo al caballo desbocado,  
Detiene el mar y viento enfurecido,  
Postra al leon y rinde al bravo toro.  
Sola una cosa al tiempo denodado  
Ni cederá, ni cede, ni ha cedido,  
Y es el constante amor con que te adoro.



## II.

De la timidez natural á los hombres.

¡A cuánto susto el cielo te condena,  
Oh género mortal, flaco y cuitado!  
Se espantan unos en el mar salado,  
Y tiemblan otros cuando Jove truena.  
Otros, si el eco del leon resnena;  
Otros, cuando el magnate está irritado;  
Otros, cuando en la cárcel han pasado  
Días y noches tristes con cadena.  
Yo solo discurri no temblaría  
Al trueno, ni al leon, ni al poderoso,  
Ni á la prision, ni á todo el orbe entero.  
Mas se engañó mi débil fantasia:  
El rostro de mi Filis, desdeñoso,  
Me cubre de terror, temblando muero.

## III.

Sobre el anhelo con que cada uno trabaja para lograr su objeto.

Pierde tras el laurel su noble aliento  
El héroe jóven en la atroz milicia;  
Sepultase en el mar, por su avaricia,  
El necio, que engañaron mar y viento.  
Hace prision su lúgubre aposento  
El sabio por saber, y por codicia  
El que al duro metal de la malicia  
Fió su corazon y su contento.  
Por su cosecha sufre el sol ardiente  
El labrador, y pasa noche y día  
El cazador de su familia ausente.  
Yo tambien llevaré con alegría  
Cuantos sustos el orbe me presente,  
Sólo por agradarte, Filis mia.

## IV.

Renunciando al amor y á la poesía lírica con motivo de la muerte de Filis.

Mientras vivió la dulce prenda mia,  
Amor, sonoros versos me inspiraste;  
Obedeci la ley que me dictaste,  
Y sus fuerzas me dió la poesía.  
Mas ¡ay! que desde aquel aciago día  
Que me privó del bien que tú admiraste,  
Al punto sin imperio en mí te hallaste,  
Y hallé falta de ardor á mi Talia.  
Pues no borra su ley la parca dura  
(A quien el mismo Jove no resiste),  
Olvido el Pindo y dejo la hermosura.  
Y tú tambien de tu ambicion desiste,  
Y junto á Filis tengan sepultura  
Tu flecha inútil y mi lira triste.

## ROMANCES.

El poeta habla con su obra, remitiéndola á un amigo suyo residente en Madrid.

Id, versos dichosos;  
Id, consuelos míos,  
A la excelsa córte  
Del rey más benigno.  
Desde esta cabaña  
Del techo pajizo,  
Que fué vuestra cuna  
Y mi dulce asilo,  
Llegad hasta donde  
El humilde río  
Los cimientos baña  
Del palacio altivo;  
Mas no la inocencia  
De ser hijos míos,  
En llanto engendrados  
Y en pena nacidos,  
Os lleve engañados

Con afán continuo,  
Buscando un Mecenas  
Entre los validos;  
Que mal entre adornos  
De dorados libros  
Parecen las hojas  
Del libro sencillo,  
En que mi tristeza  
Grabó mis suspiros.  
Tampoco á los sabios  
Llegueis atrevidos,  
Pidiendo que os pongan  
Al lado de Ovidio,  
Boscan, Garcilaso,  
Marcial y Virgilio,  
Argensola, Lope  
Y Homero divino.  
No entreis tan endebles  
En tanto peligro;  
Que corren gran riesgo  
En un golfo mismo  
Las barcas pequeñas  
Entre los navíos

## V.

Ya veis cuál viene, amantes, mi pastora,  
De bulliciosos céfiros cercada,  
La rubia trenza suelta, y adornada  
Por sacras manos de la misma Flora.  
Ya veis su blanco rostro, que enamora;  
Su vista alegre y sonreír, que agrada;  
Su hermoso pecho, celestial morada  
Del corazon á quien el mio adora.  
Oís su voz y el halagüeño acento,  
Y al ver y oír que sólo á mí me quiere,  
Con envidia mirais la suerte mia.  
Mas si vierais el misero tormento  
Con que mil veces su rigor me hiere,  
La envidia en compasion se trocaria.

## VI.

A la Primavera, despues de la muerte de Filis.

No basta que en su cueva se encadene  
El uno y otro proceloso viento,  
Ni que Neptuno mande á su elemento  
Con el tridente azul que se serene,  
Ni que Amaltea el fértil campo llene  
De fruta y flor, ni que con nuevo aliento  
Al eco den las aves dulce acento,  
Ni que el arroyo desatado suene.  
En vano anuncias, verde primavera,  
Tu vuelta, de los hombres deseada,  
Triunfante del invierno triste y frío.  
Muerta Filis, el orbe nada espera,  
Sino niebla espantosa, noche helada,  
Sombras y sustos como el pecho mio.

## VII.

Probando que la ausencia no siempre es remedio contra el amor.

Cuatro tomas de ausencia recetaron  
A un enfermo de amores los doctores;  
El enfermo sanó de sus amores,  
Y los doctores sabios se mostraron.  
Otros mil ejemplares confirmaron  
De la nueva receta los primores;  
Los astros conocieron mis dolores,  
Y sin duda sanarme proyectaron.  
Me dieron de receta tan divina  
Cincuenta tomas (que tomé con tedio),  
Pero más me agravó la medicina,  
Pues tan opuesto al fin fué aqueste medio,  
Que agonizando mi alma, se imagina  
Me matará el remedio sin remedio.

Que llevan de Cádiz  
A los mares indios  
Las armas de Carlos,  
Su fe y su dominio.  
Si acaso llegais,  
¡Oh cuánto os lo envidio!  
Llegad preguntando  
Por un buen amigo,  
De prendas completo  
Y libre de vicios,  
Con dulzura sabio,  
Sin arte benigno.  
Por estas señales,  
A Ortelio os dirijo;  
Ya esté con su padre,  
De quien es alivio,  
Ya esté, como suele,  
Allá en su retiro,  
Contando en los astros  
Las fuerzas y giros,  
O ya del teatro  
En el noble circo,  
Aplaudiendo gracias

O tachando vicios,  
O ya con su Lisis  
(Que tambien le he visto  
Pagar el tributo  
De gozo y suspiro  
Al sexo amoroso  
Con afecto fino),  
Llegad á su pecho,  
Archivo del mio,  
Y decidle: «Ortelio,  
Con paz recibidnos;  
Venimos de parte  
Del triste Dalmiro.»

## CUENTO.

En el oscuro bolsillo  
De un miserable avariento  
Reinaba un sumo descanso,  
Duraba un largo silencio.  
Ni sol ni luna podían  
Enviar sus luces dentro,  
Para dar un corto alivio  
A los tristes prisioneros.  
Ya de esto habrá colegido  
El lector, como discreto,  
Y si no, como atrevido  
(Que suele valer lo mesmo,  
Y mil veces confundirse  
Discrecion y atrevimiento);  
Ya habrá, digo, discurrido,  
Como digo de mi cuento,  
Que los tristes habitantes  
De aquel castillo tremendo  
No veían los teatros,  
Las máscaras, los paseos,  
Los banquetes, las visitas,  
Las tertulias y los juegos,  
Ni tampoco iban á hablarles  
Aquellos hombres molestos,  
De estos que hay que por hablar  
Irán á hablar con los muertos.  
Solamente en él entraban,  
Siempre de noche y con tiento,  
Del dueño de la prision  
Los largos y frios dedos;  
Contábalos uno á uno  
Cien veces y aún otras ciento.  
Pues, señor, entre los tales  
Tristísimos prisioneros  
Los habia muy alegres  
(O filósofos, ó necios,  
Pues sólo en estas dos clases  
Se ven penas con sosiego),  
Y por no saber qué hacerse,  
Se estaban entreteniendo  
En contar las travesuras  
Que los malvados hicieron  
Cuando andaban por el mundo  
Campando por su respeto.  
Oyólos un ratoncillo,  
Vecino de mi aposento,  
Que en él suele comer libros,  
Porque no halla pan ni queso,  
Y todo me lo contó,  
Prometiéndole el secreto,  
Porque el raton y yo somos  
Amigos y compañeros,  
Y pasamos nuestras hambres  
Él y yo contando cuentos.  
Así dice que decian;  
Oigalo el sabio y discreto...  
Pero no quiero decirlo,  
Porque se oyeran enredos,  
Culpas, delitos y fraudes,  
Osadías y portentos,  
Que prueban lo que es el hombre,  
Y lo que puede el dinero.

## ROMANCES.

Traduccion de Catulo.

De mi querida Lesbia  
Ha muerto el pajarito,  
El que era de mi dueño  
La delicia y cariño,  
A quien ella queria  
Más que á sus ojos mismos.  
Llérenle las bellezas,  
Llérenle los Cupidos,  
Llérenle cuantos hombres  
Primorosos ha habido;  
Porque era tan gracioso,  
Y con tan bello instinto  
Conocia á su dueño  
Como á su madre el niño.  
Ya se estaba en su seno,  
Ya daba un vulecico  
Al uno y otro lado,  
Volviendo al puesto mismo,  
Su lealtad y gozo  
Mostrando con su pico.  
Ahora va el cuitado  
Por el triste camino  
Por donde nadie vuelve  
Despues de haber partido.  
¡Oh, mal haya, mal haya  
Vuestro rigor impío,  
Tinieblas destructoras,  
Crueldad del abismo!  
Que destruyendo al mundo,  
Tambien habeis sabido  
Arrebatat de Lesbia  
El pájaro querido.  
¡Oh malvados rigores!  
¡Oh triste pajarillo!  
Que causan á mi Lesbia  
Duro llanto continuo,  
Quitando á sus ojuelos  
Aquel hermoso brillo.

Carta escrita desde una aldea de Aragon á Ortelio (1), que habia adivinado la melancolia del poeta.

Pastor ingenioso,  
Ortelio discreto,  
¡Cómo has acertado  
La vida que llevo?  
¡Qué estrella te dijo  
(Pues lees en los cielos)  
La vida que paso,  
Cargada de tedio!  
Desde que del hado,  
Conmigo severo,  
La mano tirana  
Firmó mi decreto,  
No he visto la cara  
Serena al consuelo.  
El cielo se muestra  
Airado y tremendo;  
Las yerbas sus verdes  
Matices perdieron;  
Las aves no forman  
Sus dulces conciertos,  
Como acostumbraban,  
De armoniosos metros.  
Del sueño, no grato,  
Cuando me despierto,  
Sólo oigo la ronca  
Voz del negro cuervo,  
Murciélago triste,  
Gavilan siniestro,  
O de otros iguales  
Para mal agüero.  
Ni sueño gustoso  
Cosas de contento;  
Sólo se aparecen

(1) Don Vicente García de la Huerta, gran amigo del autor.

(Si alguna vez duermo)  
Imágenes tristes,  
De horroroso aspecto;  
Si salgo á los campos  
A hablar con los ecos,  
Los ecos se espantan  
De mi devaneo,  
Y nunca repiten  
De tales lamentos  
Las sílabas duras;  
Con cuyo desprecio,  
Andando en el aire,  
Se las lleva el viento.  
Ya de los ganados  
Olvido el gobierno;  
Se van mis ovejas  
Por donde no quiero;  
Ni sirve llamarlas,  
Porque con desprecio  
Al amo insensato  
Perdieron el miedo.  
Tal vez á la orilla  
De algun arroyuelo  
A llorar mis cuitas  
Acudo indiscreto.  
De verle tan libre  
Y verme tan preso,  
De verle cuál corre  
Por el campo fresco.  
Y ver cuál la suerte  
Me tiene sujeto,  
Me aparto más triste,  
Y él se va más bello,  
Habiendo tomado  
Notable incremento  
Con el llanto mio.  
¡Oh, quieran los cielos  
Que seas tú solo  
Quien saque provecho  
De esta ausencia!  
Arroyo discreto!  
Si acaso mi flauta  
Entona algun metro,  
Resuenan tristezas,  
Que arroja mi pecho;  
Si de otros pastores  
Las danzas presencio,  
Y como las temo  
Del pecho que sabes,  
El baile aborrezco.  
Si llevo á la mesa,  
En vano el intento  
De probar manjares;  
Ninguno apetezco.  
Los otros pastores,  
Que advierten mi tedio,  
Me ofrecen en vano  
Algun alimento.  
Entonces, amigo,  
Comer plantas suelo,  
O frutas del campo,  
O leches ó quesos,  
Porque son comidas  
De poco aderezo,  
Y son naturales.  
Como mis afectos,  
Del agua más pura  
Alguna vez bebo  
De una clara fuente,  
Clara como el pecho,  
Que á beber se inclina;  
Y en su puro espejo  
De horrores me espanto  
Cuando considero  
Mi cara ¡qué adusta!  
Mis ojos ¡qué muertos!  
Mi boca ¡qué triste!  
Mis labios ¡qué secos!  
Y en tantas mudanzas  
Que padece el cuerpo,  
Mi espíritu el mismo,  
Y el mismo mi afecto



Que cuando solía  
Mirarme sereno  
(¡Ortelio, deliro!)  
En aquel espejo,  
Tan limpio, tan puro,  
Tan claro, tan terso,  
En que yo veía,  
De placeres lleno,  
Alegres mis ojos,  
Mi rostro halagüeño,  
Mi boca chistosa,  
Mis labios parleros,  
Diciendo ternuras  
Y dulces requiebros,  
Que oía gustoso  
Mi adorado dueño;  
Su vuelo tomaron  
Las alas del tiempo.  
Cupido, las tuyas  
No sigan tal vuelo.  
Los días felices  
Se pasaron luego,  
Apénas sentidos,  
Cual soplo ligero  
De céfiro suave,  
Que convida al sueño;  
Y los tristes días  
Que al presente veo,  
Son nortes furiosos,  
Cuyo soplo adverso  
Arranca las peñas,  
Deshace los techos,  
Destruye los campos,  
Anuncia el invierno,  
Destruye el rebaño  
De tristes corderos;  
En vano acostumbro,  
Con piadoso celo,  
Al ara de Jove,  
El padre supremo,  
Llevar la pregunta  
De si este tormento,  
Que así me aniquila,  
Ha de ser eterno.  
Más dudas suscita  
Su oráculo incierto,  
Hasta que en furiosos  
Se convierte el tedio,  
Y pido a los dioses  
Fulminen del cielo  
Centellas y rayos  
De horroroso estruendo,  
Que á negras cenizas  
Reduzcan mi pecho  
(Asunto bien fácil,  
Pues ya lo está haciendo  
De amor y venganza  
Unido el incendio).  
Ya pido á la tierra,  
Más blanda que el cielo,  
Que abriendo sus bocas,  
Puertas del averno,  
Me trague y sepulte  
En su horrendo seno;  
Ya, desesperado  
De no hallar consuelo,  
Al mar yo me arrojo  
Con mortal intento;  
Sus olas, que huyen  
De mi ardiente incendio,  
Me vuelven á echar  
A la orilla luego,  
Sin siquiera darme  
El corto consuelo  
De que con sus agnas  
Se apague mi incendio;  
Ya busco á las fieras,  
De quienes deseo  
Ser víctima triste,  
Y quieren los cielos  
Se ablanden sus furias,  
Y no mi tormento;

Ya suelen los dioses,  
Inmortales dueños  
De los corazones,  
Templar mis desvelos  
Por pocos instantes,  
Y en ellos contemplo  
La fuerza del hado,  
Que así lo ha dispuesto;  
Que el hombre no puede,  
Por débil y necio,  
Frustrar de los dioses  
Los altos decretos.  
Entonces, confuso  
Y de dudas lleno,  
Consuelo mis cuitas  
Diciendo á mi Ortelio:  
«Pastor ingenioso,  
Ortelio discreto,  
¿Cómo has acertado  
La vida que llevo?  
Escatiro, el pastor  
A quien tanto quiero,  
Te envía expresiones  
Dignas de su pecho.  
Por Jove te juro  
(Y debes creerlo,  
Porque yo lo digo  
Aun sin juramento)  
Que tu amado nombre,  
Que el nombre de Ortelio,  
Que nombre tan caro  
Será mi consuelo  
Mientras haya estrellas  
En el firmamento,  
Flores en el campo,  
Frutas en los huertos,  
Llantos en mis ojos,  
Y en mi alma duelos.  
Adios ¡oh mi amigo!  
Otra vez y ciento;  
Adios te repite  
Mi corazón necio  
En la despedida  
De un amado objeto.

Con motivo de haber encontrado en Salamanca un nuevo poeta de exquisito gusto (1), particularmente en las composiciones lianas.

Ya no verán... ¡oh Tórmes!  
Tus áridas orillas  
Los manes de Galeno  
Y del Estagirita.  
Alza la anciana frente,  
Tanto tiempo oprimida,  
Y espárese por el campo  
Desde hoy jovial la vista.  
¿No ves cómo se acercan  
Con música festiva  
A tus arenas sacras  
El gusto y la alegría?  
En torno de ellas vuelan  
Los juegos y las risas,  
Cerca vienen las Musas,  
Del gran Febo seguidas.  
En medio de aquel coro  
¿No ves cómo camina  
Un joven, de quien tiene  
Ganimedes envidia?  
¿No escuchas que al acento  
De su suave lira  
Las nueve Musas cantan  
Y el verde prado pisan?  
Para adornar sus sienas  
Y cabellos, que brillan  
Más que el oro, tributo  
De las lejanas Indias,

(1) Melendez Valdés.

Tejiendo van ghirnaldas,  
Y de Flora las ninfas,  
Para traer las flores,  
Van y vienen aprisa.  
Pues este mismo joven  
Es por quien tus orillas  
Verán llegar las gracias,  
El gusto y la alegría,  
Huyendo de sus voces  
Y célica armonía  
Los manes de Galeno  
Y del Estagirita.

### LETRILLAS.

Sobre los varios méritos de las mujeres.

Del precio de las mujeres  
Son varios los pareceres;  
Cada cual defiende el suyo.  
Yo, que de disputas huyo,  
Que nunca gustosas son,  
A todos doy la razón  
Y con todas me contento;  
Oid hasta el fin del cuento.

Unos gustan de que sea  
Su dama hija de la aldea,  
De sencillo pecho y trato,  
Y que no les dé el mal rato  
De artificiosos amores;  
Que se salga á coger flores  
Por el campo el mes de Mayo,  
Con ligero y pobre sayo,  
Que de sus abuelas fué...

Y tienen razón á fe.  
Otros, de más alto porte,  
Quieren damas de la corte,  
Con majestad y nobleza  
Aun mayor que la belleza,  
Con adorno y compostura,  
Que dé brillo á su hermosura,  
Con fausto y ostentación...

Y á fe que tienen razón.  
(Que leídas y escritas  
El vulgo suele llamar)  
Y que sepan conversar  
Del Estado, paz y guerra,  
Del aire, agua, fuego y tierra,  
Con la gaceta y café...

Y tienen razón á fe.  
Otros son finos amantes  
De las que son ignorantes  
Y que entregaron su pecho  
Sin saber lo que se han hecho;  
Que lloran al preguntar  
¿Que cosa es enamorar,  
Y dónde está el corazón?

Y á fe que tienen razón.  
Unos aumentan su llama  
Cuando es juiciosa la dama,  
Circunspecta, seria y grave,  
Y que la crítica sabe  
Del vos, del tú y del usted...

Y tienen razón á fe.  
Otros, al contrario, quieren  
Que las niñas que nacieren  
Nazcan vivas y joviales,  
Y se crien tan marciales,  
Que de dos ó tres vaivenas  
Entreguen, sin más desdenes,  
Las llaves del corazón...

Y á fe que tienen razón.

### LETRILLA SINCERA.

I.

El rayo severo  
Que Jove vibró

Celébrele Homero,  
Que no lo haré yo

II.

La sátira fiera  
Que Persio escribió  
Cultive el que quiera,  
Que no lo haré yo.

III.

Ercilla con arte,  
Que él mismo probó,  
Celebre á su Marte,  
Que no lo haré yo.

IV.

Del mar que el troyano  
Llorando aumentó  
Escriba el Mantuano,  
Que no lo haré yo.

V.

Pero del dios ciego,  
Que Venus parió,  
Callen todos luego,  
Que bastaré yo.

De amores me muero:  
Mi madre, acudid;  
Si no llegáis pronto,  
Veréisme morir.

Catorce años tengo,  
Ayer los cumplí,  
Que fué el primer día  
Del florido Abril,  
Y chicas y chicos  
Me suelen decir:

«¿Por qué no te casan,  
Mariquilla? Di.»

De amores me muero, etc.

Ya sé, madre mía,  
Que allá en el jardín,  
Estando á mis solas,  
Espacio me vi  
En el espejito  
Que me dió en Madrid,

Las ferias pasadas,  
Mi primo Luis;

De amores me muero, etc.

Miréme y miréme  
Cien veces y mil,  
Y dije, llorando:

«¿Ay pobre de mí!  
¿Por qué se malogra  
Mi dulce reír  
Y tiernas miradas?  
¡Ay niña infeliz!»

De amores me muero, etc.

Y luego en mi pecho  
Una voz oí,  
Cual cosa de encanto,  
Que empezó á decir:

«La niña soltera  
¿De qué ha de servir?  
La vieja casada  
Aun es más feliz.»

De amores me muero, etc.

Si por ese mundo  
No quisierais ir  
Buscándome un novio,  
Dejádmelo á mí,

Que yo hallaré tantos,  
Que pueda elegir,  
Y de nuestra calle  
Yo no he de salir.

De amores me muero, etc.

Al lado vive uno  
Como un serafín,  
Que la misma misa  
Que yo suele oír,  
Si voy sola, llega

Muy cerca de mí,  
Y se pone lejos  
Si también venis.

De amores me muero, etc.

Me mira, le miro;  
Si me vió, le vi  
Ponerse más rojo

Que el mismo carmin,  
Y si esto le pasa  
Al pobre, decid,  
¿Qué queréis, mi madre,  
Que me pase á mí?

De amores me muero, etc.

En frente vive otro,  
Taimado y sutil,  
Que suele de paso  
Mirarme y reír,  
Y disimulado

Se viene tras mí,  
Y á ver dónde llevo  
Me suele seguir.

De amores me muero, etc.

Otro hay que pasea  
Con aire gentil  
La calle cien veces,  
Y aunque diga mil,  
Y á nuestra criada  
La suele decir:

«¿Bonita es tu ama!  
¿Te habla de mí?»

De amores me muero;  
Mi madre, acudid;  
Si no llegáis pronto,  
Veréisme morir.

Letrillas satíricas, imitando el estilo de Góngora y Quevedo.

Que dé la vida un gemido  
Por la muerte del marido,  
Ya lo veo;

Pero que ella no se ria  
Si otro se ofrece en el día,  
No lo creo.

Que Clóris me diga á mí:  
«Sólo he de quererte á tí»,  
Ya lo veo;

Pero que él no se desdiga  
No haga el mismo cumplimiento,  
No lo creo.

Que los maridos celosos  
Sean más guardias que esposos,  
Ya lo veo;

Pero que estén las malvadas,  
Por más guardias, más guardadas,  
No lo creo.

Que al ver de la boda el traje,  
La doncella el rostro baje,  
Ya lo veo;

Pero que al mismo momento  
No levante el pensamiento,  
No lo creo.

Que Celia tome el marido  
Por sus padres escogido,  
Ya lo veo;

Pero que en el mismo instante  
Ella no escoja el amante,  
No lo creo.

Que se ponga con primor  
Flora en el pecho una flor,  
Ya lo veo;

Pero que astucia no sea  
Para que otra flor se vea,  
No lo creo.

Que en el templo de Cupido  
El incienso es permitido,  
Ya lo veo;

Pero que el incienso baste,  
Sin que algún oro se gaste,  
No lo creo.

Que el marido á su mujer  
Permita todo placer,  
Ya lo veo;

Pero que tan ciego sea,  
Que lo que vemos no vea,  
No lo creo.

Que al marido de su madre  
Todo niño llame padre,  
Ya lo veo;

Pero que él, por más cariño,  
Pueda llamar hijo al niño,  
No lo creo.

Que Quevedo criticó  
Con más sátira que yo,  
Ya lo veo;

Pero que mi musa calle  
Porque más materia no halle,  
No lo creo.

### OTRAS.

Que un sabio de mal humor  
Llame locura al amor,  
Ya lo veo;

Pero que no se enloquezca  
Cuando otro humor prevalezca,  
No lo creo.

Que una doncella guardada  
Esté del mundo apartada,  
Ya lo veo;

Pero que no muera ella  
Por salir de ser doncella,  
No lo creo.

Que un filósofo muy grave  
Diga que de amor no sabe,  
Ya lo veo;

Pero que no mienta el sabio  
Con el pecho y con el labio,  
No lo creo.

Que una moza admita un viejo  
Por marido ó por cortejo,  
Ya lo veo;

Mas que el viejo en confusiones  
No dé por cuernos doblones,  
No lo creo.

Que un amante abandonado  
Diga que está escarmentado,  
Ya lo veo;

Pero que él no se desdiga  
Si encuentra grata á su amiga,  
No lo creo.

Que una vieja ya se asombre  
Hasta del nombre de hombre,  
Ya lo veo;

Pero que ella no quisiera  
Ser de edad menos severa,  
No lo creo.

Que una mujer á su amante  
Jure ser siempre constante,  
Ya lo veo;

Pero que se pase un día,  
Y ella quiera todavía,  
No lo creo.

Que de todas las mujeres  
No importen los pareceres,  
Ya lo veo;

Pero que de la que amamos  
El parecer no sigamos,  
No lo creo.

Que á la mujer, cual cristal,  
La quiebre un soplo fatal,  
Ya lo veo;

Pero que pueda soldarse  
Si una vez llega á quebrarse,  
No lo creo.

Que al espejo las coquetas  
Estudien mil morisquetas,  
Ya lo veo;

Pero que sea el cristal  
El objeto principal,  
No lo creo.